

El poder de perdonar

Llevaron también con él a otros dos hombres, ambos criminales, para ser ejecutados. Al llegar al lugar llamado la Calavera, lo crucificaron junto con los criminales, uno a su derecha y el otro a su izquierda. Jesús dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Y repartieron sus ropas echando suertes. El pueblo estaba allí mirando, y los gobernantes incluso se burlaron de él. Decían: «A otros salvó; que se salve a sí mismo si es el Cristo de Dios, el Elegido». Los soldados también se acercaron y se burlaron de él. Le ofrecieron vinagre y dijeron: «Si eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo». Había un cartel escrito encima de él que decía: «Este es el Rey de los judíos». Uno de los criminales que colgaban allí lo insultaba: «¿No eres tú el Cristo? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!». Pero el otro malhechor lo reprendió: «¿Ni siquiera temes a Dios, ya que estás bajo la misma condena? Nosotros somos castigados con justicia, pues recibimos lo que merecemos por nuestras obras. Pero este hombre no ha hecho nada malo». Entonces dijo: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a tu reino». Jesús le respondió: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso». (Lucas 23:32)

Al observar la escena de la crucifixión, ¿con cuál de los personajes se identifica más fácilmente? Al observar sus rostros, ¿hay algo que le recuerde a sí mismo? Para algunos, la respuesta podría ser Pedro. Hace declaraciones y promesas de lealtad, solo para que no las cumpla. Quizás esté luchando con la culpa y la frustración, preguntándose: ¿Podrá Dios perdonarme alguna vez por haberme vuelto a fallar? Quizás se identifique con Pilato. Piense en Pilato; la palabra clave es "casi", ¿no? Casi liberó al Hijo de Dios. Casi hizo lo correcto. Quizás su vida esté envuelta en la palabra "casi". Casi se convirtió al cristianismo. Casi vivió una vida fiel. Casi vivió una existencia disciplinada.

Quizás te identificas con María. Creo que hay muchas Marías, hombres y mujeres, fieles, leales, leales, a veces tristes o a veces confundidas. O quizás alguien se identifica con Juan. Tú también estás ahí, pero eres tímido, callado, tienes miedo. Fuera de este lugar, nadie sabe que eres discípulo de Jesús.

Al observar todo el elenco de personajes en torno a la crucifixión, ¿con quién se identifica usted? Entre todos esos personajes, les sugiero que hay uno con el que cada uno de nosotros, los que estamos en Cristo, podemos identificarnos. Él es el centro de nuestro estudio. No les va a gustar esto, pero todos los cristianos nos identificamos con el cayado crucificado. Como él, ustedes cuelgan de la cruz junto a Jesús. Como él, han mirado con fe y han hecho la petición más inimaginable. Y como él, han recibido lo que Pablo llamó el "don inefable" de la salvación.

¿Qué nos dice la escena del ladrón crucificado? ¿Qué nos muestra? Solo dos cosas básicas, pero son las dos lecciones más importantes que un ser humano podría aprender: el inmensurable valor de una persona y la inmensurable profundidad del amor de Dios. Es una historia hermosa, y en muchos sentidos, misteriosa. Durante generaciones, la historia del ladrón crucificado ha generado controversia sobre cómo aceptar la gracia de Dios hoy en día, cómo convertirse al cristianismo. No se registra con ese propósito. Todo esto ocurrió antes de que existieran los cristianos, antes de que Dios estableciera su iglesia. La razón por la que esta historia ha perdurado a través de la historia es para mostrarnos, tan gráficamente como cualquier otra página de la Biblia, esas dos poderosas lecciones: el inmensurable valor de una persona y la inmensurable profundidad del amor de Dios.

Siete declaraciones que Jesús hizo en la cruz resumieron toda su vida y misión como pestañas o el índice de un cuaderno grande. Al hojearlas, encuentras un volumen de material detrás de cada pequeña pestaña.

1. El valor inconmensurable de una persona.

Vemos a Jesús tratando a ese cayado crucificado como siempre ha tratado a las personas a lo largo de su ministerio. Esas personas están indefensas y acuden a él con fe. Por ejemplo, mostró el mismo cuidado y gracia mucho antes, al bajar del Sermón del Monte. Mateo nos cuenta en su evangelio, capítulo 8, que estaba apiñado alrededor de un grupo de personas que conversaban cuando, de repente, ese grupo se dispersó como cucarachas que acababan de ver un rayo de luz. Alguien gritó a todo pulmón: "¡Leproso!". Efectivamente, allí estaba, una masa apiñada de humanidad, una herida ambulante, una llaga supurante, tal vez sin brazo, tal vez sin nariz. Les aseguro que no tenía nada, salvo una última y desesperada oración. El leproso levantó la vista y dijo: "Maestro, si quieres, puedes limpiarme".

Mira, ese leproso tenía exactamente lo mismo que el ladrón crucificado: solo una oración desesperada. ¿Recuerdas lo que Jesús le hizo a ese leproso? Jesús extendió la mano y lo tocó. Puso sus manos sobre una de esas llagas abiertas y sangrantes. Ahora tienes que ver a Pedro y Juan desde los arbustos mirando hacia afuera diciendo: "¡Oh, no, Maestro, Maestro, no, no lo toques!". ¿Por qué lo hizo? ¿No podría Jesús haber sanado al leproso sin tocarlo? Claro que sí.

¿Por qué lo hizo? Nos estaba enseñando el inmensurable valor de una persona.

Amigos, un ser humano tiene valor porque es humano. El mundo no lo cree. Nos enseña que nuestro valor se basa en nuestra apariencia, en lo que podemos hacer o en nuestros ahorros. Si combinamos todo esto, obtenemos el sistema de valores del mundo. Dios dice: «No, eres valioso solo porque fuiste creado a mi imagen, único en toda la creación».

Jesús le enseñó lo mismo a la mujer adúltera en Juan 8. ¿Recuerdan su historia? No tenía argumentos para defenderse. La habían descubierto en el acto de adulterio. No tenía defensa. Diríamos que era culpable como el pecado. Pero cuando sus ojos se encontraron con los de Jesús, no vio el odio ni la amargura que había visto en esos otros ojos. Lo miró con súplica, y él le perdonó la vida.

Las historias del Evangelio se repiten una y otra vez: la mujer samaritana, Zaqueo subido al árbol y el ciego Bartimeo. Así que no debería sorprendernos lo que le sucedió a este hombre que murió junto a Cristo. Es curioso que no sepamos mucho de este ladrón, ¿verdad? Desconocemos su nombre, su ciudad natal, su profesión o qué sabía de Jesús. Algunos han especulado que era un patriota, uno de esos fanáticos judíos que intentaba expulsar al ejército romano. A decir verdad, lo dudo. Lo dudo porque, si fuera cierto, seguramente Lucas nos lo habría contado. Y si no fuera Lucas, algún otro historiador lo habría mencionado.

No, creo que debemos aceptar que este hombre colgado junto a Jesús era solo un delincuente. Solo un ladrón. De hecho, a juzgar por la severidad de su sentencia, era lo peor de lo peor. Era un delincuente habitual, y morir en una cruz romana por robo fue realmente bastante grave. No se sabe cuántas otras atrocidades

pudo haber cometido. Alguien dice: "Bueno, si era tan malo, ¿qué nos está enseñando Jesús?".

2. La inmensurable profundidad del amor de Dios

Recordemos aquella cruz en la colina que llamaban "Gólgota", o el lugar de la calavera. Era un lugar desolado, parecía una calavera. Era un lugar donde habían caído muchas calaveras. Ahora imagina que estás entre la multitud al pie de la colina, mirando hacia arriba, a las tres cruces recortadas. Te acercas un poco más para ver el rostro de aquel a quien llaman el criminal, aquel que finalmente pediría perdón.

Al mirarlo, su rostro está gris, ceniciento y cansado por no saber cuánto tiempo ha pasado en la cárcel. Tiene los ojos hundidos y la desesperación ha destruido cualquier alegría en su vida. Casi se ha dado por vencido. "Acabemos con esto de una vez", piensa, "Acabemos con esto de una vez". Así que cuelga de esa cruz, y solo quedan unos pocos granos de arena en su reloj de arena.

Pero entonces mira a este hombre crucificado a su lado. El hombre en el medio, el hombre sobre cuya cabeza está clavado un cartel que dice: El Rey de los Judíos. No sabemos si este ladrón había visto a Jesús antes, tal vez sí. Tal vez había visto un milagro, tal vez había visto a Jesús amar a los indignos de amor, tal vez había visto a nuestro Señor tratar a la escoria de la tierra como a la sal de la tierra, tal vez había escuchado una de sus enseñanzas, o tal vez todo lo que sabía de Jesús era lo que estaba mirando en ese momento, un carpintero crucificado con los pulmones jadeando y la piel desgarrada y sangrando. Pero mientras miraba al hombre a su lado, había algo en este hombre que cautivaba al ladrón. ¿Por qué este tipo estaba tan sereno? ¿Por qué estaba tan

asombrosamente callado mientras todos los demás lo ridiculizaban? ¿Por qué no grita de dolor como todos los que están en la cruz? Entonces algo asombroso comenzó a suceder.

Este ladrón, este estafador, empezó a olvidarse de sí mismo. La intensidad de su dolor se atenuó momentáneamente, el escozor de los clavos se olvidó por un momento, y se encontró incapaz de apartar la vista de este hombre. Siente una emoción que no había sentido en "quién sabe cuándo". Se encuentra preocupado por el Mesías. Se sorprende a sí mismo preocupándose por este hombre. Un estafador insensible, hacía tanto tiempo que no le importaba nada. Se siente extraño, pero la sensación está ahí.

Hay una interrupción. Una voz como de sirena interrumpe sus pensamientos. Viene del otro bandido, el crucificado del otro lado. La voz es amarga y fea. Verán, alguien más también ha estado mirando a Jesús. Este criminal no ha estado mirando a nuestro Señor con compasión ni preocupación. Ha estado mirando a través de la lente agrietada del cinismo.

¿No es asombroso cómo dos personas pueden estar tan cerca de Jesús, tener prácticamente las mismas circunstancias y, sin embargo, tener perspectivas totalmente diferentes? ¿Alguna vez te ha sorprendido cómo una de ellas puede comprometerse totalmente con el Señor y la otra rechazarlo por completo, y aun así, sus circunstancias son prácticamente las mismas? Nunca lo he entendido del todo, pero aquí tienes un ejemplo clásico. Una se sintió obligada a pedir lo imposible por fe, y la otra solo quería sumarse a las burlas de la multitud. «Si eres el Cristo, sálvate a ti mismo. ¡Oh, ya que estás, sálvanos también a nosotros!». Fue solo otra ráfaga verbal. Luego, de nuevo, silencio.

Me pregunto si ese ladrón crítico no esperaba realmente que el otro se uniera. La miseria sí que ama la compañía. Pero en cambio, ocurre lo más asombroso. Ese otro ladrón hace justo lo contrario. No sé cuántas personas oyeron lo que le dijo a Jesús. Me refiero a los que estaban en el suelo, los soldados, María y los demás. Pero les garantizo que cualquiera que lo oyó quedó asombrado. "¿No temes a Dios?", dice el ladrón. "Ya que están bajo la misma sentencia, somos castigados con justicia. Recibimos lo que merecen nuestras obras, pero este hombre no ha hecho nada malo". Luego dice: "Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a tu reino". ¿No ves al soldado levantando la vista, a María enjugándose una lágrima y mirando fijamente el rostro de ese ladrón? Puedo ver a los ángeles en el cielo boquiabiertos. "¿Cuándo fue la última vez que este tipo habló por alguien?"

Pero aquí está, realizando quizás el acto más noble registrado en las Escrituras, cuando nadie más salía en defensa de Dios, cuando casi todos le dieron la espalda, cuando hasta los ángeles lloraban y los demonios del infierno danzaban en la luz porque creían haber matado al Hijo de Dios. Hizo falta un sinvergüenza, un sinvergüenza despreciado, para ponerse de parte de Dios y, al hacerlo, en el ocaso de su existencia, lo salvó todo.

Pedro, el que jamás lo abandonaría, no estaba por ningún lado. Pilato, el que tenía autoridad, se había lavado las manos hacía mucho tiempo. La multitud se había vuelto inconstante, los discípulos habían huido, pero un ladrón, sin siquiera saberlo, nos comparte las tres cosas que debes saber y creer en lo más profundo de tu corazón si estás listo para venir a Cristo. ¿Qué necesito saber para ser cristiano? ¿Qué necesito entender? Amigos, nunca dejan de entender, es difícil. ¿Dónde se traza ese límite?

El libro de los Hechos muestra múltiples ejemplos de quienes se acercaron a Cristo y qué necesidades básicas comprendían. Pero aquí se resume con la mayor claridad que he visto.

1. **Llegó a la conclusión de que estaba sucio.** Me miró y dijo: «Sabes que merezco lo que me está pasando». No solo dijo que era un pecador. Estaba diciendo: «Soy un megapecador. Merezco estar colgado en esta cruz. Merezco morir», jadeando.
2. **Llegó a la conclusión de que Jesús era absolutamente puro.** Dijo: «Pero este hombre no ha hecho nada malo». El ladrón respondió: «Soy culpable. Dios es inocente. Estoy equivocado, Él tiene razón. Estoy perdido, pero Él es el Salvador». El ladrón dijo, refiriéndose a él y a su amigo allí, su compañero del otro lado: «Estamos aquí porque lo merecemos, pero él no».
3. **Jesús tiene el poder de incorporarnos a un reino que trasciende esta vida.** Aquel ladrón sabía que en su reloj de arena quedaban pocos granos y sabiendo que se estaba muriendo, miró hacia el cielo y dijo: «Maestro, ¿te acordarás de mí cuando vengas en tu reino?»

Para entonces, Jesús ya había vuelto la cabeza hacia el ladrón y no puedo evitar preguntarme si, incluso en su dolor, Jesús esbozó una leve sonrisa al tomar a esta oveja perdida y solitaria, rota, magullada y sangrando, que cojeaba hacia el redil. Esa oveja miró al pastor y dijo: "¿Puedo entrar? No lo merezco, pero ¿puedo entrar? Maestro, ¿te acordarás de mí cuando vengas a tu reino?". El buen pastor miró a la oveja y dijo: "Entra. Hoy estarás conmigo en el Paraíso". El inmensurable valor de un ser humano, la inmensurable profundidad del amor de Dios.

La letra de la canción Bajo la Cruz de Jesús resume esta lección: «Sobre la cruz de Jesús, a veces veo la figura moribunda de Aquel que sufrió allí por mí; y desde mi corazón herido, con lágrimas, confieso dos maravillas: las maravillas de su glorioso amor y mi propia inutilidad», excepto que no somos indignos a los ojos del Dios salvador. Sublime Gracia, Lección n.º 1252, Steve Flatt, 3 de marzo de 1996.